



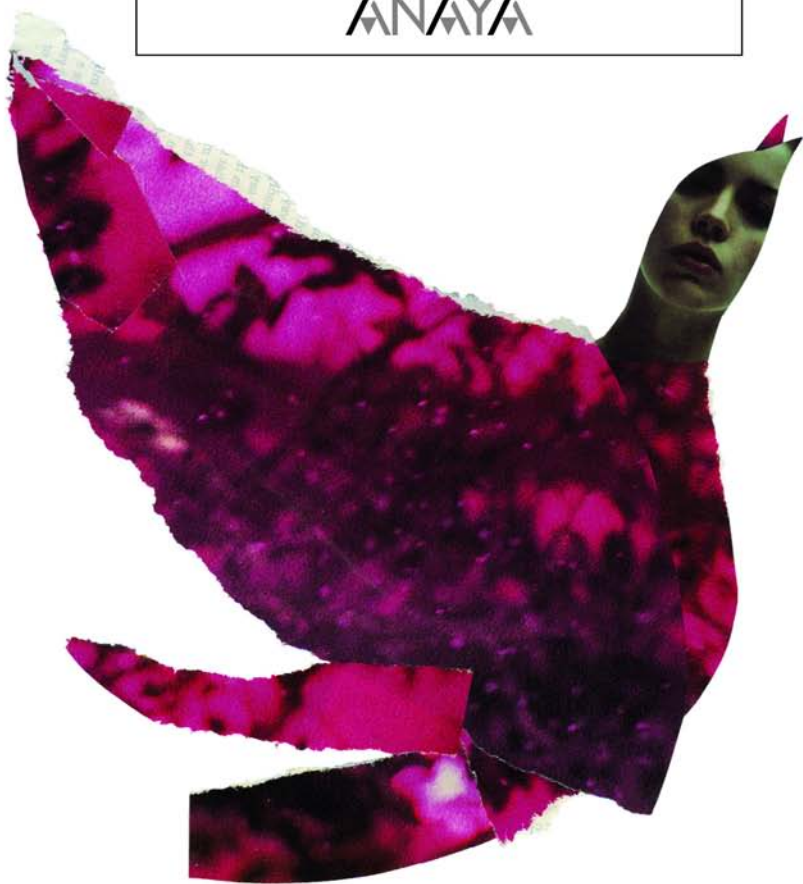
E S P A C I O   A B I E R T O



Fina Casalderrey

# La paloma y el degollado

ANAYA



Título original:  
*A Pomba e o Degolado*

1.ª edición: marzo 2008

© Fina Casalderrey, 2007, 2008  
www.fina.casalderrey.com  
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2008  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-7664-6  
Depósito legal: M.2071/2008  
Impreso en Anzos, S. A.  
La Zarzuela, 6  
Polígono Industrial Cordel de la Carrera  
Fuenlabrada (Madrid)  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



E S P A C I O                      A B I E R T O



Fina Casalderrey

# La paloma y el degollado

ANAYA

*A mis alumnas y a mis alumnos  
del IES Salvador Moreno de Marín.  
A Manolo y a Cruz, por haberme dejado  
entrar en su casa de los pájaros.  
Y, por supuesto, a ti...*

«S í, me gustan los pájaros, ¿y qué? Porque me dé por ellos, no te fíes, esa es otra historia. Hay cosas que no me dejan dormir, aviso. Últimamente me da por levantarme de noche, me acerco a la cocina y cojo el cuchillo más afilado que encuentro. Después voy a la puerta con la intención de clavárselo en el pecho a quien en algún momento de mi vida me ha hecho daño. Me tienen que agarrar porque no razono. En ocasiones, incluso me tienen que atar con cuerdas hasta que me tranquilizo... Aceptar mi amistad supone, quiero que lo sepas, pertenecer a un grupo de alto riesgo; ya digo, si me da la vena...».

Tenía que intimidar de alguna forma. El instituto se había convertido en el escenario de mis fracasos cotidianos. Cada mañana, al entrar, miraba aquellas paredes y me entraban ganas de huir como del fuego. Soportar aquel acoso día tras día era muy duro y a mi madre no le podía andar con historias de ese estilo. Me di cuenta de que allí la apariencia era lo que contaba.

Cuando descubrieron que llevaba un pájaro en la mochila, no quise permitir que se extendiese otra vez mi fama de blando, no habría podido soportar el pa-

sar por las mismas humillaciones de nuevo y utilicé los métodos propios de Raúl Pernas y su camarilla: me inventé el gran embuste. De hecho, después del desesperado arrebató, disminuyeron los vaciles. ¿Y Halima? Ella se merece una explicación, pero ¿por dónde empezar? Le podría decir: «Mira, es que yo soy un vencejo, vivo a diario en el aire y, si me caigo al suelo, necesito una mano amiga que me ayude a emprender de nuevo el vuelo». O quizás podría contarle: «Es que estoy cansado de ser como el papagayo autista que rescató mi abuelo».

Aquel papagayo de la Patagonia nunca estuvo bien. Puede que por eso tampoco quisiera alejarse de la casa. Mudaba la pluma a menudo y tenía detrás de la cabeza unas calvas perennes. Se trataba de un pájaro malhumorado que no sabía de buenas maneras para pedir las cosas. Quizás por esa enfermedad crónica, el abuelo lo había adoptado para su particular hospital de campaña.

Era un pájaro mimado que gozaba de licencia para entrar en la casa y deambular por la cocina y por donde le viniera en gana. Bastaba con que me pusiera a desayunar para que él reclamase a gritos, que sonaban a insultos, su ración de magdalena. Le llamábamos Capitán Flint, como el loro de John Silver.

Poco antes de morir y a pesar de su deplorable estado, aquel papagayo autista y goloso, tan pronto como vio mi taza del desayuno, reclamó con chillidos ensordecedores un trozo de dulce. Después me siguió hasta el baño y permaneció estático en la barra de la ducha. Me recordó «El cuervo» de E. A. Poe, también yo podía oír su «nunca más» mientras arrancaba de mis fantasías una triste sonrisa que quemaba mi pecho. Parecía una hoja seca que esperase la ayuda de la brisa para precipitarse al vacío. Corrí la cortina y

justo en ese instante cayó al suelo. Se fue encogiendo, encogiendo..., se había vuelto un globo que perdía todo el aire. Se puso la bufanda, como habría dicho el abuelo Guillermo, y se murió. ¡Qué mal lo pasé!

¿Le cuento estas cosas a Halima? ¡Pero si ni siquiera me he atrevido nunca a preguntarle qué significaba aquello que me escribió en el cuaderno!

Solo hay una chica con la que hablo abiertamente, con Paloma, la del chat. Hasta hoy Paloma era el mar, toda el agua en su inmensidad, la lejanía, la libertad... La imaginaba caminando sobre la superficie del agua con los cabellos adornados de algas. Es lista, sabe decir las cosas para que surtan efecto. Cuando sucedió lo del abuelo, me dijo: «Eres, en cierto modo, afortunado; yo no conocí a ninguno de mis abuelos». Aquello me hizo pensar... Paloma era la voz amiga que me llegaba a través de la caracola del ordenador, pero ahora la voy a conocer personalmente y no sé qué me sucede.

Halima es..., Halima es más tangible, es la orilla donde se besan las espumas, quizás la sal del mar...

La sal, el mar...

La profesora de Sociales nos había dado un titular: «Interceptan en Almería a 130 inmigrantes en tres cayucos». Teníamos que inventarnos una historia sobre el tema si queríamos un punto más en la nota de la evaluación. Por entonces, yo ya había reducido mi ritmo de estudio y aquella era mi única posibilidad de aprobar. Me tragué el sentido del ridículo y me puse a leer el cuento que me había cedido Paloma, la del chat, tal y como lo había sacado por la impresora. Estaba en primera persona y puesto en boca de una mujer. En cuanto me di cuenta, me sentí grotesco, pero aguanté el tipo hasta el final.

### SOMBRAS EN EL MAR

*Yo tenía pocos años y muchas ilusiones. Nada sabía de las condiciones en las que iba a viajar, ni de colas interminables día y noche ante el consulado para conseguir un certificado de penales, ni de vallas que no tienen alma, ni de marroquíes que se tuercen el espinazo trabajando aquí... No tenía ni idea de los días de hambre y sin*

*trabajo de muchos hombres y mujeres que, sentados en el alféizar de la desesperanza, son rechazados para ejercer como jornaleros ilegales de temporada porque se niegan a pagar treinta euros al capataz para que «milagrosamente» les haga un hueco. Por no saber, ni sabía nadar.*

*Aquel 25 de enero, mi madre me despertó en plena noche: «Ponte esto». Me dio un anorak y el único calzado que tenía: unas viejas deportivas que llegaron a mí en buen estado y que nunca supe de dónde habían salido. «Levántate, levántate enseguida». Ella mantenía el misterio en la voz, pero yo intuía... Al fin nos íbamos a España, allí se acabarían nuestras precariedades económicas y comenzaría nuestra aventura. Mamá estaba dispuesta a trabajar duro y yo podría ir a la universidad. Los esfuerzos hechos con el objetivo de ahorrar para la travesía habían dado al fin su fruto. Quizás nos encontrásemos con mi padre, del que nunca habíamos vuelto a saber desde que se había ido de Chauen. Yo, feliz, procuraba recuperar en la memoria un rostro que el tiempo había consumido. Ojalá pudiese borrar del mismo modo la mirada perdida en el océano de mi madre o su voz herida repitiendo mi nombre, dilapidando así el aire que le quedaba. Esa terrible escena permanece dentro de mí como un órgano vital dañado.*

*Un hombre nos esperaba al lado de la puerta para llevarnos hacia el Norte en una furgoneta. Fuimos a Nador, cerca de Melilla. Allí había más gente en la misma situación. El hombre nos dejó en aquel lugar como quien deposita una mercancía de la que nadie se ocupó durante varios días, no sé cuántos. Solo sé que me arrepentí mucho de haberme comido tan deprisa aquel bocata de atún y aquella manzana. Un día después trataba de encontrar el corazón de la manzana cuando mi madre, a escondidas, me dio un trozo de su bocata; lo había reservado para mí.*

No quiero hablar de lo que pasó en los días que siguieron hasta que, al fin, apareció otro hombre que se hizo cargo de nosotras y de otros privilegiados que también le entregaron el resto del dinero que llevaban para así conseguir empezar su sueño.

En un silencio esperanzado lo seguimos hasta la orilla del mar. Allí había más gente. Nadie se atrevía a hablar. Mi madre se limitaba a apretarme contra ella. Dos hombres llegaron en una embarcación neumática y gesticularon para que subiéramos enseguida. El que estaba en tierra imponía el orden que debíamos seguir. ¡Éramos más de cincuenta personas! Me parecía imposible que cupiésemos en aquella balsa. Nos contaron... ¡Sesenta!

Y así, agrupados como uvas en un mismo racimo, salimos rumbo a lo desconocido. Estaba todo oscuro, había que burlar las cámaras de vigilancia que controlan el perímetro que separa Marruecos de España. Yo estaba incómoda, pero contenta. Las nubes fueron nuestras cómplices en la primera parte del trayecto pues mantuvieron oculta la luna. Las luces de la costa también se iban perdiendo en la distancia. A pesar de la oscuridad, para nosotros el cielo se llenó de luces. El aire olía a mar, a abundancia, a paraíso; también a miedo, a inseguridades. Los dos hombres remaban cortando el agua con inusitada lentitud. Una nube se derramó sobre la balsa, yo notaba cómo me mojaba. Me estremecí.

Muchas noches, antes de la travesía, había pensado en el viaje y no había sido capaz de dormir. Había sentido incluso el sonido de las olas igual que lo estaba sintiendo entonces. Aquella gente tampoco podía dormir; tan solo a un hombre se le caía la cabeza. La mujer que estaba a su lado mantenía los ojos más abiertos que nadie; parecía cansada hasta para dormir, llevaba un bebé en los brazos. «Ese bebé no deja añoranzas», pensé y sentí envidia de él. Al poco rato, el hombre empezó a roncar

como una gaita. Si hubiera sabido que unas horas después estaría muerto, no habría sido capaz de pegar ojo.

El mar se mostraba sereno. La balsa se movía lentamente, como una cáscara de nuez.

Durante la primera hora permanecí despierta, acostumbándome a mirar en la oscuridad: los pies del viento brillaban a lo largo del mar. Todos nos mirábamos. Éramos una improvisada familia numerosa masticando las horas.

«Juega a ver la primera estrella», me siseó mi madre con palabras de miel. Y en aquel silencio encofrado miré al cielo. Al fin la vi, y otra, y otra más... Las nubes se quedaban atrás y la luna aprovechó para zambullirse en el mar. Volví a sentir la brisa cálida de su voz en mi pelo: «¡Es la Osa Menor!». Levanté más la cabeza y observé un firmamento enorme, me encontraba bien...

No sé si lo que me despertó fue el motor de nuestra balsa al encenderse o un escalofrío. Estábamos lejos de la costa y el ruido que producía el motor había dejado de ser una imprudencia. Amanecía. Todo el mundo permaneció en la misma postura. Los rostros consumidos dibujaban preocupación, éramos como un cuadro de El Greco que he descubierto recientemente. A mí me dolía todo el cuerpo, tenía necesidad de estirarme un poco, pero no quedaba ni un hueco.

El mar empezó a picarse y el enorme cuello del anorak de mi madre aleteaba en mi cara como una gaviota descolorida. La balsa se defendía de los golpes solemnes que le propinaba el oleaje, cada vez se escoraba más. Una ola se rompió contra nosotros y, queriendo esquivarla, algunos se pusieron de pie. La embarcación se inclinó peligrosamente. «¡Que nadie se mueva!». Aquel grito seco se dejó oír por encima de la voz del mar y nos volvimos estatuas. Fue entonces cuando me di cuenta de que ellos dos, los responsables del viaje, eran los únicos que tenían chaleco salvavidas.

*El frío, los rugidos del agua... Me entraron unas ganas irrefrenables de orinar. Estaba sentada sobre las piernas de mi madre y, aun así, sucumbí; me dejé ir por encima de ella. Enseguida noté la caricia de sus manos heladas en mi cara, que contrastaban con el líquido caliente que me corría por los muslos. «Falta poco», me pareció entender en el beso que posó en mi nuca.*

*—Estamos llegando a las costas granadinas, muy cerca ya de Motril. En cuanto avise, cada uno que se las arregle —bramó el que siempre daba las órdenes.*

*—¡Ese no fue el trato! —protestó el hombre que antes dormitaba como un roncón.*

*Otros hombres y otras mujeres alimentaron la iniciada protesta... Comenzó con un motín de palabras, pero después la gente empezó a gesticular y a moverse. En ese instante presentí la catástrofe. Aquel hombre, el único que, según comentaron luego, tenía nociones del habla del país de llegada, se cayó al agua. Otros lo quisieron rescatar, pero la Zodiac se inclinaba mucho... Y vi cómo se quedó atrás, chapoteando en aquella agua helada. Fue como si me amputasen un miembro. Todas las miradas se volvieron silenciosas y adquirieron un brillo salado.*

*—¿Que tenemos que alejarnos de la costa? —el otro responsable del viaje, que hasta entonces había estado callado, hablaba por un móvil.*

*El servicio de Salvamento Marítimo y la Guardia Civil peinaban la costa. Nos internamos otra vez en el mar. Nuestras esperanzas recibieron un golpe brutal, y la Zodiac se volvió un gigante de decepción. El sol empezó a asomar por Oriente, pero no fue recibido precisamente como un rey.*

*Esperamos un día entero a la deriva, mar adentro, aguardando que la noche se volviese a acostar en el mar para intentar un nuevo desembarco. Solo agua y cielo durante horas, y un insoportable olor a vómito.*

Por momentos, las olas fingían una tempestad. La balsa subía y bajaba como un tifón, resultaba imposible no mojarse. Era un agua tan fría que actuaba de inyección de hielo intravenosa con rapidísimos efectos en las sienes y en la nariz. Mi madre me abrazaba con fuerza y yo notaba cómo de vez en cuando aflojaba.

Vimos peces, pero no hablamos de ellos; ni tan siquiera hubo comentario alguno cuando una ola nos acercó muy despacio un bulto, un ahogado de piel violeta con un trozo de vientre devorado por los monstruos del mar. No me pareció que fuese el hombre que se había caído de la balsa.

Silencio y angustia. Solo los lloriqueos del bebé rompían de cuando en cuando el mutismo. La mujer volvió a darle el pecho, y el bebé se calmó. Yo tenía sed y hambre y frío y los labios secos... y la boca se me llenó de saliva. Y otra vez deseé ser aquel bebé. Mis tripas protestaron. Mi madre sintió su queja y me besó en la nuca; fue como si me hubiera dicho: «Ánimo, que en cuanto pisemos tierra nos espera un succulento cuscús». Pero yo la notaba tensa, escrutando el horizonte con incertidumbre.

En la boca de la noche volvimos a acercarnos a la costa. El frío y el hambre nos mantenían débiles y agotados, la luna nos mostraba tal cual, sin concesiones.

De nuevo, un punto oscuro en el mar avanzaba hacia nosotros. «Al fin vienen a rescatarnos», pensé. Y di gracias al cielo. No éramos gentes acostumbradas al mar y estaba tan asustada...

—¡Una patrulla costera! —gritó uno de los balseros.

—¡Al agua, que casi se llega andando! —impuso el otro.

A partir de ese momento no puedo precisar nada más. El mar me engulló por completo. Durante unos segundos moví los brazos con desesperación en un intento de emerger. Y a través del silbido del viento me llegó el gri-

*to agónico, aunque nítido, de mi madre repitiendo mi nombre en medio de otros lamentos. Eso fue lo último que recuerdo.*

*Cuando desperté, temblaba envuelta en mantas.*

*Durante muchos días seguí oyendo la voz rota de mi madre, llamándome. Después, su grito se fue volviendo plegaria: «Anda, cómete eso. Tienes que luchar para que se cumplan tus sueños. Prométemelo».*

*Hoy intuyo que soy una privilegiada. Natalia y Manuel no pueden hacer más por mí, me lo dan todo; aun así, cada vez que escucho noticias de hundimientos de pateras en el estrecho, la sangre me hierve de impotencia y de una angustia que preciso echar fuera.*

*Por eso escribo esto.*

Al terminar la lectura me di cuenta de que había un silencio exagerado. Ese día, Raúl Pernas había sido expulsado y Héctor Solla, sin él, no se metía con nadie. Yo, confundido, me crucé con la mirada húmeda de Halima y sentí un agudo calambre. Se había emocionado y me contagió.

Creo que a la profesora también le impresionó, a juzgar por la expresión de su rostro, aunque lo único que dijo fue: «¿Número?» para ponerme la nota. Yo me estremecí como si me hubieran golpeado, pero quien me descolocó más fue Halima, que se inclinó sobre mi mesa para susurrarme:

—¡Qué bien has leído!

Se me encendieron las orejas. No fui honesto, no me atreví a confesarle que esa historia me la había pasado una amiga del chat. Estuve a punto de decírselo, pero al final me acobardé.

Durante el curso habría sido más fácil hablar con ella pues después de Navidad estuvimos sentados jun-

tos. Pero ahora se han acabado las clases. ¿Qué puedo hacer? Tenía razón el abuelo: «La nostalgia es como un traje de talla inferior a la necesaria que te oprime el pecho».

Hoy ya es 25 de junio...